

¿"BUSHNOMICS"?, NO POR FAVOR

*Con el título Spare the Word "Bushnomics", but Find a Firm Policy, George Melloan publica el siguiente comentario en The Wall Street Journal del día 28 de diciembre.*

Una ligera esperanza de cara a 1989 es que podremos eludir un nuevo híbrido que sustituya al vocablo Reaganomics. Bushnomics suena horriblemente. Dukakinomics hubiera sido peor, pero éste ya lo eliminaron los electores. El tiempo, por otra parte, nos ayudó a borrar del mapa toda sombra de Nixonomics.

Pero aún a sabiendas de que estamos condenados a tales inventos lingüísticos, no estará de más que nos entretengamos aún un poco con la Reaganomía. Como nos dijeron los republicanos durante la campaña -y los electores parecieron darles la razón- la Reaganomía, de hecho, ha funcionado bien, y de ello se ha beneficiado Bush.

Ahora bien, para continuar sacando provecho del legado reaganiano, Bush deberá tener siempre presente por qué la Reaganomía funcionó, y qué partes de la misma resultaron vitales. En realidad no hubo nada complicado en la política económica de Reagan. Su fundamento fué la economía clásica: si quieres estancamiento, carga a los trabajadores con pesados tributos y multiplica las reglamentaciones. Si, por el contrario, lo que quieres es más esfuerzo humano y más iniciativa, reduce o elimina tales obstáculos.

Esos principios son definidos con frecuencia como supply-side. La etiqueta procede de supply-side fiscalists, término que el economista Herbert Stein aplicó los años 70 a aquellos que propugnaban la reforma fiscal como medicina contra el reumatismo que estaba afectando a la economía. Se suprimió la parte fiscalist cuando se puso de manifiesto que supply-siders tales como Robert Mundell, Arthur Laffer y Paul Craig Roberts traían propuestas que sobrepasa

ban el marco de la reforma fiscal. Mundell se mostraba bien radical: reduzcan los impuestos pero limiten la oferta monetaria. Esto era exactamente lo contrario de lo que recomendaba la sabiduría popular del momento y de lo que obligó a Jimmy Carter a retirarse prematuramente.

La economía de la oferta era compatible con los principios defendidos desde antiguo por Ronald Reagan a propósito de la libertad de mercado y de la libre empresa. Así, cuando llegó a la Casa Blanca en 1981, Reagan tenía perfectamente definido un programa de cuatro puntos: los impuestos personales debían ser reducidos con el fin de restaurar los incentivos para trabajar y para invertir; las restricciones monetarias establecidas en los últimos tiempos de Carter, con objeto de combatir la inflación debían ser mantenidas; lo que quedaba de controles de los precios de la energía, al igual que otras formas de reglamentaciones de la economía, debía ser eliminado; se reduciría el crecimiento del gasto público, sin perjuicio de acentuar el esfuerzo en defensa.

Todo esto ayudó a la recuperación económica a lo largo de los dos mandatos de Reagan. Pero ésto no es más que aludir a lo que resulta obvio. Lo que se trata de descubrir es cómo funcionó todo ello.

Los economistas keynesianos pretenden que lo que hizo Reagan no fué más que aplicar los principios de Keynes. Estimuló la economía reduciendo impuestos y animando el gasto, dicen, como hubiera hecho cualquier keynesiano. Un fuerte aumento de las compras de armamento propició la reactivación industrial, que se propagó al resto de la economía.

Ahora bien, las pretensiones de los keynesianos serían más convincentes si hubiera habido muchos seguidores de esta doctrina que hubieran defendido la contracción monetaria y la drástica reducción de la progresividad impositiva a finales de los 70 y principios de los 80. Pero no los hubo. El keynesianismo, a aquellas alturas y -- desde hacía tiempo, había adquirido ya un tono socio-político que cargaba el acento en la redistribución de la renta. Los argumentos keynesianos a favor de las transferencias de renta tenían el incon-

veniente de no reconocer que las transferencias de renta reducen los incentivos al trabajo tanto para el que hace la transferencia como para el que la recibe. Por eso la introducción de los principios de Reagan resultó tan importante.

La desregulación económica, es cierto, había sido iniciada ya por Carter, pero apenas había sido llevada más allá de la fase programática. Fué Reagan quien la puso en práctica, realmente. Los controles de precios, al desanimar la producción y distorsionar la distribución de los recursos, habían infligido un gran daño a la economía en el curso de los años 70.

La economía continúa hoy inmersa en un mar de reglamentaciones que deberían ser eliminadas paulatinamente. Por otra parte, sin embargo, existe una presión constante para que sean restablecidos no pocos controles suprimidos en los últimos años. Pero sería una locura que Bush sucumbiera ante tales presiones. Por el contrario, lo mejor que podría hacer sería dar una prioridad absoluta a la continuidad del proceso desregulador.

Por lo demás, el nuevo presidente no tiene por qué llevar mucho más adelante la reforma fiscal. Su misión más importante en este campo será resistir las presiones para hacer marcha atrás. Si no lo consigue, los daños podrían ser elevados. La imposición fuertemente progresiva no tiene sentido, ni económico ni político. Los ricos, con tal imposición, buscan refugios, con lo que se distorsiona la distribución de la inversión.

Pero es posible que el menos apreciado elemento de los cuatro puntos de Reagan fuera la política monetaria, tal vez porque, en parte, el presidente no quiso cargar con los costes de la misma, aunque los frutos fueran tan positivos. La verdad es que el vigor con que Paul Volcker atacó la inflación sigue siendo un punto controvertido, incluso entre los economistas de la oferta. Uno de los mayores riesgos de Bush es la posibilidad de que acepte el argumento según el cual un poco de inflación no daña, y que incluso puede

resultar beneficioso. Siempre se encuentran defensores de la inflación, particularmente entre los empresarios, de la misma forma que los hay de algunas formas de reglamentación económica, como es el caso de la protección frente a las importaciones. Pero todo ello es mala política económica.

El problema con que se enfrenta Bush, en definitiva, es a dón de dirigirse a partir de aquí. La inflación se sitúa de nuevo alrededor del 5%. ¿Querrá el nuevo presidente un dólar estable (sound)? Así debería ser, si no quiere echar por la borda lo conseguido por Reagan. La reaganomía, en último término, no fué más que una confirmación de las grandes verdades de la economía. No pretendamos ignorar a la Madre Naturaleza.